

Bajo el techo que se desmorona

GORAN PETROVIĆ

narrativa sex topiso



Bajo el techo que se desmorona

Bajo el techo que se desmorona

CINE-RELATO

GORAN PETROVIĆ

TRADUCCIÓN DE DUBRAVKA SUŽNJEVIĆ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
ИСПОД ТАВАНИЦЕ КОЈА СЕ ЉУСПА

Copyright: © 2010, GORAN PETROVIC

Primera edición: 2014

Imagen de portada

© ALEX CREE, *Hoxton Cinema*, Oil on canvas

Traducción

© DUBRAVKA SUŽNJEVIĆ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2014

París 35-A

Colonia del Carmen, Coyoacán

04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación

GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-49-4

Depósito legal: M-975-2014

Impreso en España

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Cultura

ÍNDICE

El noticiero del fondo de la cineteca yugoslava	13
La gente pegaría chicles incluso en el paraíso	29
Desde la primera fila hasta la novena	45
El intersticio y el pajarito a punto de hablar	59
Desde la décima fila hasta la decimoctava	73
Un hombre más y unas personas más	91
Ya pasó lo peor	107
Otras cosas que sé	121
Qué se considera como un pez grande	135
Los niños recogieron los casquillos	147
Cuando todo se calma en momentos raros	161
Nota del escritor	169

Novela de cine (Cinéroman)

1. Entre 1912 y finales del cine mudo, una película en episodios.
2. La historia basada en una película, ilustrada con fotografías de esa película.

Algunos personajes son inventados,
pero algunos eventos son reales.
Y viceversa.

Jesús les dijo:

«Traed de los peces que acabáis de pescar.
Entonces Simón Pedro subió y sacó a tierra la red,
llena de ciento cincuenta y tres grandes peces;
y a pesar de ser tantos, la red no se rompió».

EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN, 21:10-11

EL NOTICIERO DEL FONDO DE LA CINETECA YUGOSLAVA

BOTAS MILITARES DERECHAS. BOTAS MILITARES IZQUIERDAS

El Hotel Jugoslavija de Kraljevo fue construido en 1932 en el lugar donde antaño se encontraba el mesón «El arado». Lo construyó Laza Jovanović, un zapatero originario de Raška. En el invierno de 1926, el tal Laza había comprado en Belgrado un vagón de botas militares desechadas por el ejército. No hubo otros interesados en las botas descartadas, de modo que las consiguió a muy buen precio. En este país, sin embargo, en cuanto uno abre la boca para decir algo, enseguida aparecen otros que afirman que saben más de ello:

—No, ¡más bien Laza Jovanović sobornó a alguien en el Ministerio de Defensa para que desaparejaran las botas adrede y las ofrecieran en dos pujas independientes!

Sea lo que fuere, nadie quiso las botas militares derechas sin su par izquierdo. Nadie excepto Laza. Para ahorrarse el hospedaje viajó de noche, zangoloteándose, cansando la vista de la oscuridad mientras atravesaba media Serbia, pensando que jamás iba a amanecer cuando alboreó casi al llegar a Belgrado. Sin embargo, Laza no tenía tiempo para recorrer la capital; todos los que vienen de la provincia comparten el mismo miedo de no llegar tarde. Por lo cual se acurrucó, mucho antes de la subasta, en el fondo de una sala majestuosa. Si le hubieran preguntado en qué calle o en qué edificio, sólo se habría encogido de hombros, ya que no habría sabido decirlo. Y tal vez se habría quedado ahí olvidado para siempre, si no hubiera confirmado el precio de salida levantando su mano. La gente reunida, en su mayoría comerciantes de renombre,

peces gordos con abrigos de piel con suaves cuellos de astracán, enseguida volvieron sus cabezas para tomarle la medida al hombrecillo de vestimenta provinciana, dispuesto a despilfarrar el dinero en una mercancía sin valor.

—¡A la de una..., a la de dos..., vendido al señor de la última fila! —anunció el capitán de intendencia; se oyó el golpe del martillo de subasta y se levantó una nubecilla de polvo.

Alguien rio. Pero cuando un mes después en la nueva subasta aparecieron sólo las botas militares izquierdas, únicamente el sagaz Laza contaba con las derechas. Esta vez estaba sentado, con acentuada comodidad, delante del todo, y confirmó el precio de salida seguro de sí mismo. Los comerciantes presentes se inquietaron, asomaron sus cabezas por los cuellos de astracán, estiraron sus pescuezos enrojecidos...

—¡A la de una..., a la de dos..., vendido al señor de la primera fila! —anunció el subastador, el mismo capitán de intendencia, y el golpe del martillo de subasta volvió a provocar una nubecilla de polvo.

Esta vez alguien tosió. A los participantes de la puja no les importaba tanto la ganancia omitida como la pérdida de su sentimiento de grandeza. A un comerciante no le gusta que ni un solo centavo acabe en el bolsillo ajeno, pero el hecho de que un simple zapatero los hubiera engañado de esa manera dolía en serio. Todos se hicieron a un lado, callados, para dejar pasar a Laza cuanto antes, para que se fuera a su remoto pueblo. Como dicen: «Que el diablo se lo lleve a costas...». Todos se hicieron a un lado, callados; sólo uno no pudo aguantarse, porque habría reventado de resentimiento:

—¡Ten cuidado de no perder la cabeza por andar emparejando tantas botas!

—¡Señores, tengamos medida... Sin groserías, por favor... Continuamos... Es el turno de un nuevo artículo, nueve cargas de caballo de la más fina seda provenientes del desmantelado Departamento de Globos! —anunció el subastador.

DOS MONTONES DEL TAMAÑO DE DOS MONTAÑAS

Laza Jovanović bregó durante años almorzando en casa tan sólo los domingos o días festivos. Los demás días se iba antes del amanecer a un depósito que había alquilado junto a la estación de ferrocarriles de Kraljevo y emparejaba los miles de botas militares de dos montones del tamaño de dos montañas... En realidad, primero recorrió esas montañas durante meses, tropezando, cayéndose, subiéndolas a rastras, revolviendo y clasificando someramente hasta reducirlas a decenas de cúmulos más uniformes, y entonces comenzó a emparejar todas las botas con más facilidad... Hasta bien avanzada la noche remendaba las suelas rotas con la lengüeta hacia fuera, agregaba punteras, pasaba los cordones por los ojales, «sacaba» brillo... para revender el calzado reparado a un precio varias veces mayor. Incluso encontraba fácilmente clientes para las botas que quedaban sin su par —la Primera Guerra Mundial acababa de terminar y había mucha gente con una pierna. Aunque siempre están los que, después de cualquier tragedia, ignoran a ese tipo de personas y andan disimulando, haciéndose los sorprendidos:

—Disculpe, ¿a qué gente con una pierna se refiere?

Por ellos, siempre se tiene que decir:

—Pues discúlpeme usted a mí, a la que le falta una pierna.

Laza, sin embargo, hacía este cálculo: era una pena que los lisiados tuviesen que pagar un par si necesitaban sólo la bota derecha o sólo la izquierda. Que dieran un poco menos que por las dos, pero un poquito más de la mitad del precio completo. Así se dio a conocer como benefactor de los inválidos de guerra, y a la vez sacaba una ganancia adicional. Así concilió la ley divina con la humana. O por lo menos, a diferencia de otros, trató de hacerlo. Lo cual en sí mismo puede considerarse, todavía hoy, un éxito considerable.

Fue un buen negocio. Ciertamente, Laza Jovanović se volvió estrábico de tanto emparejar distintas botas, pero también acumuló una fortuna formidable. Finalmente, se levantó del

banquito, se desató su delantal de zapatero, se limpió la mu- gre de debajo de las uñas con una lezna, salió de su pequeña tienda y se estiró. Ahora podía hacer aquello con lo que soñaba despierto desde hace mucho mucho tiempo. Ese mismo día se atusó el bigote y compró la decaída taberna «El arado». No le interesaba la casa de madera y adobe a punto de caerse, pero no escatimó dinero por el gran terreno, no regateó, ni siquiera preguntó cuánto costaba. Sacaba uno tras otro los billetes de cien dinares y los iba poniendo sin contarlos sobre el mantel manchado de la taberna... El dueño de «El arado» era considerado un hombre honesto, y se fue poniendo rojo y más rojo, hasta que él mismo tuvo que reconocer:

—Es suficiente, amo Laza... ¡Me da vergüenza tomarte más dinero, ya puedes decir que es tuyo, incluso lo que me has dado es mucho, demasiado!

No obstante, Laza colocó generosamente sobre todo aque- llo otro billete. Consideraba que tenía que hacerlo, que era jus- to que diera una propina, porque lo habían llamado amo.

ESTOS TIMBRES FISCALES ME MATAN...

Al día siguiente, su contrato fue recibido en el tribunal corres- pondiente por el escribano Sv. R. Mališić, también llamado el Estado. Su apellido era ni fu ni fa, sonaba modesto, pero el sobrenombre era poderoso a más no poder.

El funcionario lamió medio pliego de timbres fiscales e imprimió un sello. Es decir, todo habría durado tanto como aquí, cuestión de nada, si en la realidad no hubiese transcu- rrido con mucha más lentitud. Mališić, el Estado, era conocido por lo que sabía hacer con la mayor rapidez, esto es, cansarse. Examinaba cada acta con detenimiento. En caso de que encon- trara sus gafas, que siempre se le extraviaban. Y en caso de que, en lugar de las gafas en su cajón, lo que encontrara fuera la car- peta con la etiqueta que decía: «¡Urgente! ¡Resolver sin apla- zamientos!», justamente aquella que había estado buscando

durante meses por todas partes..., en tal caso, Mališić posponía cualquier otra tarea y pedía a los desafortunados clientes que vinieran en otra ocasión:

—¡¿Cuándo?! Acaso no ves que ni siquiera sé por dónde empezar, por dónde desatar las cintas... ¡Eh, si hubiera sabido que iba a encontrarla tan fácilmente, no habría perdido tanto tiempo antes buscándola!

De otra manera, en circunstancias normales, si tenía alguna objeción respecto del acta en cuestión, el Estado meneaba la cabeza repitiendo de manera significativa: «¡Ts-ts-ts!», mientras el temor invadía al interesado. Sin embargo, si no tenía objeciones, Sv. R. Mališić se quedaba mucho tiempo callado, elucubrando alguna para poder lucirse.

No obstante, todo aquello no era nada en comparación con el cierre: pegar los timbres fiscales. Mališić solía emitir un fuerte ronquido, de algún modo lograba humedecer el primer timbre, hasta tenía el ánimo para fijarlo con su puño, pero para los que seguían se le secaba la garganta, juntaba los labios gruesos, los dejaba caer, los sacaba hacia delante mientras el que estaba esperando y esperando daba con la idea:

—¿Señor Mališić, le apetecería una cervecita?

—Pues... —Mališić le echaba una mirada por encima de sus gafas—. La verdad es que no estaría mal. Estos timbres fiscales me matan, hago todo lo que puedo, pero me han dejado reseco, el pegamento me llega hasta la garganta... Anda, tráeme una fría, como mucho dos, para que el trabajo no se vea afectado... Tráete otra para ti, y si no puedes tomártela entera, yo me la termino...

Y eso se repetía unas cuantas veces. Concluía con la cerveza, que le daba a Mališić, el Estado, suficiente humedad corporal para pegar el sello y suficiente fuerza para, por fin, levantar el brazo y sellar el documento triunfalmente. ¡Zas! Con lo cual el Estado se expresaba de la manera más sucinta posible.

Pero Laza Jovanović no quería perder el tiempo con la cerveza. Tenía planes, tenía prisa.

—¿Tiene prisa? —preguntó Sv. R. Mališić buscando sus gafas.

—Bastante —contestó Laza ingenuamente.

—Espérese a que encuentre mis gafas... Considérelo un hecho... —comenzó el Estado brioso, pero de tanto brío pronto se cansó.

Así que, por eso duró tanto. Y por eso aquí se necesitó más tiempo para describir lo que de otra manera se hubiese reducido a: «El mismo día en que se selló y registró el contrato, en cuanto salió del tribunal correspondiente, Laza Jovanović ordenó demoler el mesón "El arado" para que en su lugar, en la calle principal de Kraljevo, se construyera el hotel que esa ciudad jamás había tenido».

PUNTITOS Y FISURAS TITILANTES...

Quedará sin esclarecer si Laza Jovanović, como otra gente de nuestros lares, no supo moderarse o si sólo era testarudo por naturaleza.

—¡No supo moderarse! ¡Eso no tiene nada que ver con la testarudez! —se entrometerán algunos con insistencia aunque nadie les haya preguntado nada al respecto.

Sea como fuere, Laza no quiso renunciar, ni por un ladrillo siquiera, a sus planes grandiosos. En el transcurso de las obras, se quedó sin dinero. Se endeudó en varias ocasiones con el industrial Miljko Petrović Riža. Al final, todo le salió por alrededor de 1 000 000 de dinares (o, con letras: un precio fabuloso). Es decir, eso fue lo que costó el edificio que en la planta baja tenía una sala-restaurant, detrás de ésta un salón grande para bailes y espectáculos, así como una terraza de verano, mientras que en la planta alta contaba con trece habitaciones dobles. La fachada del hotel lucía una ornamentación propia de los edificios mejor decorados de Belgrado. Honestamente hablando, una variante más sencilla, provinciana. Encima del friso estaba escrito con ostentación: HOTEL JUGOSLAVIJA. El costo total incluía también una serie

de accesorios: un carruaje negro para huéspedes especiales, una capa para el cochero, el hoyo para guardar el hielo y las vitrinas refrigerantes, las vajillas de porcelana checa y los cubiertos de acero inoxidable de Alemania, las mesas de billar y de ruleta, las suntuosas lámparas y arañas de luces, las telas de la mejor tienda, De Louvre... Todo tenía que estar lo más impecable posible.

—Espera un poco, amigo... ¡¿Qué es esto?! ¡Una chapuza! ¡Hay que devolver el carruaje negro al barnizador de inmediato! —Nada se le escapaba a Laza, tal vez porque era un poco estrábico y podía seguir a la par dos cosas distintas.

Con ocasión de la solemne inauguración en 1932, se encargó incluso una película de cinco minutos del «Noticiero de Novaković» de la capital. El título enmarcado en viñeta es previsible. Sobre un fondo negro titilan las pequeñas letras blancas:

Tenemos el honor de presentar:
HOTEL
JUGOSLAVIJA
Kraljevo

La copia preservada de la película muda a base de nitrato comienza con Laza Jovanović de pie frente a la puerta de entrada, con los brazos apoyados en la cintura. Sus sueños se han cumplido, se ve orgulloso, sonriente, parpadea con frecuencia... Sin embargo, como el acto de posar dura, y Laza no está acostumbrado a no hacer nada, empieza a cambiar el peso de una pierna a otra, no sabe qué hacer con las manos, echa su bombín hacia atrás, se rasca la mollera... Encima, un chucho lo anda rondando, está a punto de morderlo. Laza quisiera darle un puntapié, pero es consciente de que no es lo adecuado para la ocasión... Gracias a Dios, sigue el intertítulo enmarcado en viñeta:

Se recomienda a los viajeros y a los demás señores
este hotel de primera clase, el más elegante de la ciudad

Después el dueño, Laza Jovanović, todo entusiasmado, «invita» a la cámara con amplios ademanes de sus brazos a que lo acompañe en su paseo por el hotel. De vez en cuando se da la vuelta para asegurarse de que el cámara lo siga fielmente. Los movimientos de Laza son ora acelerados, ora lentos, hasta renqueantes, porque el número de «cuadros» por segundo depende de la velocidad y las revoluciones uniformes de la manivela de la cámara. La imagen se ve desgastada, como si estuviera rayada, llena de raspaduras, aquellas fisuras blancas que aparecen inesperadamente por ahí y por allá. En dos momentos, la secuencia de los eventos no resulta del todo lógica, probablemente falta una parte del material filmico. Pero todo se ve bastante claro, y donde la idea del cámara del noticiero no es patente, están los intertítulos... Laza se detiene en la antesala del restaurante, delante del enorme espejo de pared. Está contento con el reflejo de su propia figura a tamaño real. El espejo está colocado de tal manera que abarca una fotografía suntuosamente enmarcada en la pared opuesta a la sala —el retrato del Rey Alejandro I Karadorđević, que la Oficina de la Corte distribuía por todo el país. Desde un cierto ángulo parecía que el soberano de Yugoslavia y el dueño del Hotel Jugoslavia estaban juntos, hombro con hombro. Más precisamente, que Su Majestad en uniforme militar se asomaba por detrás del civil Laza... Dicen que el solicitante del noticiero filmico insistía en el intertítulo enmarcado en viñeta:

Contamos con un enorme espejo vienés,
en el que usted puede verse siempre en su totalidad,
y no como en los de la competencia,
parcialmente o a lo sumo hasta la cintura, es decir, a medias

Luego se ve a Laza acomodando los pliegues doblados de los manteles en la sala-restaurante, dando un golpecito con su índice en el borde de una copa de cristal, fingiendo arreglar algo en un florero con una ramita de lilas en flor, moviendo un cenicero para dejar ver mejor el monograma HJ... Esto indica que él se ocupa personalmente de todo. Al fondo hay un único huésped. ¡Uno solo, pero vale por nueve! Es Panta, conocido en la ciudad como el Maestro para el Almuerzo. Ese Panta no sabe hacer absolutamente nada, todo lo que emprende se arruina, pero come tan escrupulosamente y con tanta fruición que todos los taberneros lo invitan a comer gratis, a la vista de otros clientes, para que se les haga la boca agua. Hay tanto trabajo que Panta apenas logra dar servicio a las principales tabernas de la ciudad. Hay que pedirle el turno con un mes de antelación. A veces almuerza dos veces, pero no acepta la tercera de buena gana, porque su apetito mengua y no quiere perder el renombre que se ha forjado durante años. Ver al gordito Panta sentado a la mesa, con su servilleta colocada al cuello con solemnidad, saborear majestuosamente los platillos servidos, deglutir esto y aquello, degustar a sorbitos y roer huesitos, remojar metódicamente el pan en cada guisado o secar con él su plato, pasar cada bocado cuidadosamente de un lado a otro de la boca, girar los ojos dramáticamente, chasquear la lengua con deleite, servirse el vino generosamente, inyectarle el agua de soda con pericia desde muy alto, acariciar su panza teatralmente al terminar de comer..., ver toda esa maestría y no sentarse a la mesa de la taberna, no pedir lo mismo que Panta, sino tan sólo pasar de largo, eso únicamente significa que uno, en realidad, no lo ha visto. Por eso está aquí, en el noticiero, contratado como un extra con una tarea. Sigue el intertítulo en viñeta:

También recomendamos
nuestra cocina nacional e internacional
de primera clase.
Aceptamos a los abonados por un precio moderado

Después de eso, el dueño, Laza Jovanović, abre la puerta de dos hojas, descorre la pesada cortina de terciopelo, «introduce» la cámara en el gran salón para espectáculos, muestra un aparato de radio Telefunken y a una pareja joven bailando el tango con brío... Entonces apunta con el dedo hacia el techo que ostenta una representación verdaderamente artística del universo: un sol radiante y una luna llena; uno a uno, los planetas, las constelaciones, en los extremos algún que otro cometa... Aquí, la película se vuelve menos clara, como si el cámara hubiese dirigido el objetivo hacia una fuente luminosa muy fuerte, por lo que una buena parte del encuadre resulta blanca. El intertítulo en viñeta reza:

Cada noche, concierto de la orquesta de jazz del salón.

Cada noche, *dancing*,
los domingos y días festivos, matiné.

Organización de veladas, de lotería,
de funciones de teatro...

¡Reuniones de público elegante!

Luego, Laza «conduce» la cámara pacientemente de cuarto en cuarto. En unos descorre las cortinas, echa un vistazo a la calle o al patio interior, en realidad, la terraza de verano... En otros prueba el interruptor de la lámpara para lectura, o se sienta sobre la cama como si verificara la comodidad del colchón, o abre el armario y cuenta las perchas, o reordena en el escritorio los distintos papeles de correspondencia con el logotipo del hotel, o analiza el diseño de la bacinica, o abre el grifo del lavabo... Ahora, el intertítulo en viñeta es más corto:

¡Cuartos con decoración moderna!

Durante todo ese «recorrido», Laza se topa por ahí o por allá con el personal, con el cochero que lleva las maletas, con el

muchacho que carga la barra de hielo, con los cocineros de aspecto fino, con los camareros inmóviles cual estatuas, con las robustas camareras... Todos lo saludan con reverencia, y el dueño Laza Jovanović les devuelve el saludo de la misma manera, levanta ligeramente el bombín, les da la mano, unos golpecitos en el hombro, hasta pellizca paternalmente la mejilla de una camarera.

El noticiero termina con un corte brusco, con una salida abrupta del interior al exterior: Laza y todos los empleados están delante del Hotel Yugoslavija, en la calle principal de la ciudad, y bailan en círculo... Se les unen transeúntes «casuales»; entre los primeros, la esposa y los hijos de Laza. El corro se hace cada vez más grande, se sale fuera del encuadre... El cámara se aparta un poco... En vano, el corro vuelve a extenderse fuera del encuadre... Todo se repite unas cuantas veces, el cámara por fin desiste de la imagen de conjunto, no hay un ángulo desde el cual se puedan abarcar los extremos de esta verbena popular... La imagen se ve estropeada sólo por un chucho que agarra la pernera de uno de los danzantes. Pero eso apenas se nota, se ve sólo si uno es malintencionado y se fija en todo... El último intertítulo en viñeta dice:



HOTEL
JUGOSLAVIJA
Kraljevo
¡Bienvenidos!

Al final, la imagen es completamente negra. Sin contar, por ahí y por allá, los puntitos blancos y fisuras titilantes.

HASTA ENTONCES, EL ASUNTO ERA MÁS O MENOS SOPORTABLE

Hasta entonces, el asunto era más o menos soportable.

Un zapatero fue hábil en una subasta del Ministerio de Defensa y puso en ridículo a los grandes comerciantes.

—No fue hábil, sino que sobornó a alguien para que le vendiera únicamente las botas militares derechas, y después también las izquierdas.

Laza se esforzó durante años, emparejando miles y miles de botas militares de los dos montones, reparando suelas...

—¡En vano se limpiaba la mugre de debajo de las uñas, y aún apesta a cuero curtido! ¡Además, es estrábico!

Estuvo trabajando y ahorrando. Se hizo rico.

—¡El dinero no lo es todo! ¡Ni un cuerno aprenderá jamás ese hortera los modales señoriales!

Quería levantar el mejor hotel en la ciudad.

—¡¿Jugoslavia?! ¡Como si los hoteles Europa y París no fueran suficientemente buenos! ¡Él mismo ni siquiera ha puesto un pie allá jamás! ¡Pagaremos a unos mocosos para que le rompan los escaparates! ¡Los escaparates y ese espejo!

En los últimos tiempos, Panta sólo comía gratis con su maestría en el restaurante del señor Laza Jovanović, había cancelado todos los demás «trabajos».

—¿Dónde quedó tu carácter, Panta? ¡Basta, traidor, que alguien te ponga un pedazo de lomo de más para que cambies la silla y los amigos! ¡Cuidado, Panta, ese bocado puede caerte muy mal!

La esposa del pope, que acababa de llegar a la ciudad, dijo que no pensaba preparar la pasta de frutas en casa, porque la de Laza era mucho mejor.

—¡¿Qué sabe la esposa de un pope?! Es joven. Si supiera cocinar, ¡¿acaso nuestro nuevo pope, el padre Dane, comería tanto después de cada bautizo y de cada entierro?! Apenas acaba de terminar los estudios de teología y ya ha echado barriga, el hábito le va a estallar...

Se hicieron clientes regulares también los ingenieros franceses que trabajaban en la sucursal de la fábrica de aviones Louis Breguet.

—¡¿Eso sí que me sorprende?! Los franceses tienen fama de ser todos unos señores. Deberían saber lo que es hostelería.

Primero, Miša «Šmol», el representante comercial de la fábrica del mismo nombre de Zagreb; luego, Josip Getz, vendedor de preparados cosméticos para Nivea; en tercer lugar, un tal Trajko, representante de la firma italiana para la fabricación de sombreros Borsalino; y, uno a uno, la mayoría de los viajeros de todo el país comenzaron a hospedarse sólo en Yugoslavia.

—¡Bajó los precios! ¡Por eso se van con él!

El capellán Virt y la sensual cantante Tilda, un alma artística del extranjero extraviada aquí, dijeron que el gran salón de Laza es el que tiene mejor acústica de toda la ciudad.

—Tal vez sea así... Pero ¿saben que ese Virt es sexualmente impotente?... Y esa Tilda ¡en realidad es una prostituta!

Luego, unos músicos de Pest y de Timișoara se interesaron por saber si había posibilidad de tocar en el Yugoslavia.

—¡¿Qué músicos ni qué músicos?! ¡Son gitanos como los nuestros! ¡Sólo tienen unos instrumentos más nuevos, porque nadie les ha obligado a trepar por los árboles y tocarlos desde ahí!

Sin embargo, se filmó el noticiero sobre el Hotel Yugoslavia y su dueño —la gota que colmó el vaso. ¿Una película? ¡A decir verdad, era corta, pero era una película! Y en ella aparecía Laza Jovanović todo emperifollado.

Hasta entonces, el asunto era más o menos soportable. Pero a partir de ese momento, la ciudad calló. Y es bien sabido que todas las ciudades son más peligrosas cuando están calladas.

LA ÉPOCA DORADA DE MALIŠIĆ, EL ESTADO

No obstante, el derrumbe del amo Laza Jovanović vino de un lado inesperado. No de fuera, sino desde dentro. No sólo tuvieron la culpa los altos intereses del dinero prestado por el industrial Miljko Petrović Riža. Tampoco fue decisivo el hecho de que, en realidad, Laza desconocía el negocio hotelero, por lo

que había dejado todo en las manos del personal. Ni siquiera fue de particular importancia que los empleados empezaran a robar al dueño, que los cocineros comenzaran a llevarse los alimentos a sus casas, que el *maitre* timara en el cierre de caja, que las camareras empezaran a procurar ciertas chicas a señores adinerados... El derrumbe de Laza Jovanović vino de la forma más inesperada –del mismo Laza.

Tuvo una idea grande, pero cuando ésta por fin se había realizado, cuando había tomado forma por completo, todo alrededor de Laza empezó a preocuparlo, y después, a angustiarlo de lleno. Estaba acostumbrado a trabajar y le pesaba cada vez más ver a toda esa gente que llegaba para no trabajar en absoluto. Curiosamente, él vivía de sus huéspedes, pero ellos lo irritaban de tal modo que cada vez podía dominarlo menos. Viendo a Sv. R. Mališić tomarse su segundo café de la mañana en la sala-restaurant, Laza preguntó:

–Disculpe, Estado, ¿¿no se le estará saliendo el pegamento estatal por la piel, no se habrá pegado a esa silla y esa mesita?! ¿Debo mandar a un mozo a la ferretería a por un poco de disolvente? ¡Hombre, la gente lo está esperando ante su oficina!

Y así seguía, conforme avanzaba el día. Laza había expuesto a la burla de todo el Hotel Jugoslavija al soplón, el Invisible, siempre tapado por el periódico abierto de par en par:

–¿No es usted, señor Invisible?! Vaya, ¡qué bien se ha disfrazado! Jamás lo reconocería si en sus manos no sostuviera un ejemplar del *Politika* del año pasado, sólo usted puede leer un periódico antiguo sin notar la diferencia...

Si alguno ordenaba la tercera ronda de bebidas, Laza lo recriminaba:

–Hijos, andáis muy ociosos... Tú, Vučinić, tienes el canalón de la casa completamente destruido, ¿por qué no lo reparas, por qué andas tirando dinero en las tabernas? ¡¿Acaso finges ser lo que no eres?!

O bien, en la noche, si algún grupito se pasaba con las copas, Laza lanzaba de nuevo:

—Por la mañana parlotean, chismorrean unos sobre otros en distintas mesas a más no poder. Ahora se reúnen alrededor de una botella, se abrazan y se lamen como gatos en febrero...

Y, sobre todo, si veía que alguno gastaba dinero en la ruleta:

—¡Cierro la mesa! ¡¿Cómo que por qué la cierro?! ¡Me quiero morir, haragán, para no seguir viendo cómo despilfarras tu herencia!

El amo Laza Jovanović se iba convirtiendo paulatinamente en sólo aquel viejo Laza trabajador y ahorrador, el simple zapatero, y no un supuesto hotelero, completamente derrotado por el comportamiento de sus propios huéspedes, por su despilfarro, su infinita palabrería ociosa, su desmesurada propensión a comer y beber todo tipo de bebidas... El final llegó una noche cuando se enteró de que cierta joven, por intermediación de una camarera, entró a hurtadillas en el cuarto de un huésped muy respetable, un político de carrera. Irrumpió ahí furioso. Fue un escándalo sin precedentes. Él cubrió a la chica con su abrigo, mandó llamar al carruaje del hotel para llevarla a casa y al muy respetable huésped lo sacó en ropa interior a la calle. Gritaba como enajenado:

—¡¿Aquí vienes a andar de putas?! ¡¿No te basta un burdel?! ¡¿No te basta el parlamento?! Y te metes entre el pueblo vulgar y corriente, majadero.

Al día siguiente, Laza Jovanović puso el hotel en venta. Pagó las deudas. Le quedó lo suficiente para comprar varios locales modestos para sí mismo y para sus hijos, en los que desempeñarían algún oficio o montarían un pequeño comercio. Ya no tenía grandes planes. Soñaba con los pies. Soñaba con miles de plantas de pies laceradas en el polvo, uno que otro zanco precario o muleta. Pero cada vez que quería levantar la cabeza para ver a quiénes pertenecían esos numerosos pies descalzos, hacia dónde iban, se despertaba bañado en sudor. Aparte, tenía la impresión de que él también estaba en esa fila, pero no hallaba sus propios pies en ninguna parte, sino otros no humanos, casi como cascos o pezuñas, como si por el camino lo cargara a costas el mismísimo diablo.

El Jugoslavija fue traspasado a un grupo de arrendatarios. Unos se encargaron de la sala-restaurante. No encontraron reemplazo para el «maestro en comer», porque ningún comilón de por allí lo superaba. Lo que para los demás era el plato principal, para Panta era apenas un tentempié.

Otros alquilaban los cuartos. Oficialmente: «Por favor, sin traer chicas de dudosa moral...». Extraoficialmente: «¿Y qué le apetece?. ¿Le interesan más las morenas o rubias...?».

Unos terceros alquilaban el gran salón para bailes y espectáculos. En alguna parte de los libros contables quedó escrito que en esa sala, con su terraza de verano con el nuevo nombre de Uranija, estuvo el operador de cine Rudi Prohaska. Ahí proyectaba sus películas de más éxito, por lo general, de carácter cómico o romántico.

La venta, la hipoteca, la cancelación de la hipoteca, el registro en el catastro, la compra, el aval, el contrato de alquiler: Milišić, el Estado, sacaba hacia delante sus labios, jamás había tenido que sellar tantos documentos en tan poco tiempo. Todos llevaban prisa. Y todos, guiados por la experiencia, preguntaban con pesar:

—Señor Estado, ¿le apetecería una cervecita?

En una pequeña aldea serbia, durante una tarde dominical del año 1980, alrededor de treinta personajes peculiares se reúnen en el cine Uranija para ver una película. El cine se encuentra en lo que otrora fuera el Gran Hotel Yugoslavija, y su techo está cubierto por un papel tapiz que muestra un cielo estrellado. Tras la Segunda Guerra Mundial y la llegada del comunismo, el hotel es nacionalizado y proyecta únicamente películas yugoslavas y soviéticas. Sin embargo, desde la ruptura entre Tito y Stalin, en el cine se pueden ver películas occidentales, y esa tarde en particular estará marcada por un dramático anuncio que supuso el fin de una era: la muerte del mariscal Tito.

Con este trasfondo, Goran Petrović ha creado un maravilloso microcosmos, retratando personajes que muestran de una manera por demás irónica los anhelos y contradicciones experimentados por la sociedad serbia durante el convulso siglo xx. Nos encontramos, por ejemplo, con un oficial del Partido Comunista que está tan acostumbrado a aprobar las decisiones de sus superiores que levanta el brazo derecho por reflejo. Y por encima de los espectadores se encuentra el operador del cine, el señor Švabić, que compone su propia película a partir de pedazos de otras películas, hasta conformar una cinta de catorce kilómetros que funciona como alegoría de una sociedad que a lo largo del siglo luchó para encontrar su identidad entre el caos que produjeron los acontecimientos históricos. El cielo estrellado del cine se desmorona, nos advierte Goran Petrović, y con ello anuncia el fin de una era y de un régimen que, para desgracia de la sociedad serbia, daría paso a otra guerra encarnizada, cuya estela de destrucción sigue vigente hasta nuestros días.

«Petrović se presenta como un narrador estimulante cuya imaginación me hace pensar en un Borges romántico».

CARLOS GONZÁLEZ PEÓN, *La medicina de Tongoy*

«Si algo hay que reconocerle a Goran Petrović es su tierna, serena y sensorial capacidad expresiva; su prosa trasluce magia y poesía».

MARISA AMARO, *Offuscatio*

